

LA ORACIÓN DE MARÍA, NUESTRA MADRE, ACOMPAÑA Y ESTIMULA HOY A LA IGLESIA SINODAL

Carta pastoral

Mons. EUSEBIO HERNÁNDEZ SOLA, OAR
Obispo de Tarazona



TARAZONA
DICIEMBRE 2021

Obispado de Tarazona
Plaza de Palacio, 1
50500 Tarazona

Fotografía de cubierta: imagen de la Virgen de Gracia (Cárcar, Navarra).

© Obispado de Tarazona, 2021

Depósito Legal: NA 2.575-2021

Impreso en España – *Printed in Spain*
Fotocomposición: NovaText, Mutilva Baja (Navarra)
Impresión: Ulzama Digital, Huarte (Navarra)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ÍNDICE

Introducción	7
1. «He aquí la esclava del Señor» (Lc 1,38).	
Oración de adoración	8
2. «Hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38).	
Oración de acogida	11
El sí de María es existencial	12
El sí de María es incondicional	12
El sí de María a Dios es universal	13
3. «Mi alma engrandece al Señor» (Lc 1,46).	
Oración de alabanza	15
4. «No tienen vino» (Jn 2,3).	
Oración de simplicidad	17
5. «Ellos no entendieron» (Lc 2,50).	
Oración en la fe desnuda	22
6. «Tu padre y yo apenados, te buscábamos» (Lc 2,48).	
Oración de búsqueda	25
7. «Perseveraban en la oración en compañía de María, la Madre de Jesús el día de Pentecostés» (Hechos 1,14).	
Oración en el Espíritu	29
El poder entender las cosas de Dios	31

LA ORACIÓN DE MARÍA

El poder llegar a la verdad completa	31
El tener la «unción del Espíritu»	32
El poder sondear lo profundo de Dios	32
8. «Junto a la Cruz de Jesús estaba su madre» (Jn 19,25).	
Oración de fortaleza	33
Primera estación: La del desarraigo	33
Segunda estación: La del despojo	34
Tercera estación: La sospecha	34
Cuarta estación: La sombra del misterio	35
Quinta estación: La soledad	35
Sexta estación: El presentimiento	36
9. «María conservaba todas estas cosas meditándolas en su corazón» (Lc 2,19).	
Oración en silencio	36

INTRODUCCIÓN

A Dios le encanta hacer regalos. Goza regalando dones, gracias, favores, para hacernos felices. Dios no se mira, nos mira. Tanto nos ha mirado que tiene grabado en su retina el rostro de cada uno de nosotros.

En la vida nos ha hecho grandes regalos: la tierra, la familia, los amigos, el «pueblo de Dios» que conserva el rescoldo de la fe. «Una vez más, la luz vendrá de abajo» (Dostoievski). Pero uno de los regalos más bonitos y entrañables ha sido, sin duda, el regalo de María, su Madre, como Madre nuestra.

Por medio de María nosotros podemos experimentar la ternura del Padre, la cercanía del Hijo y la Comunión del Espíritu. Sin la presencia de María en nuestras vidas, nosotros hubiéramos sido como «ese cardo que crece en la estepa» (Jer 17,6) o «esa paja que arrebató el viento» (Sal 1). Gracias a la presencia de María, «la llena de gracia», nos podemos convertir en «un árbol plantado al borde de la acequia, que da fruto y no se marchitan sus hojas» (Sal 1). Si ha habido algún árbol bien plantado y bien regado por las aguas del Espíritu Santo ha sido María, la mujer que ha elevado la oración a las más altas cumbres.

En este año de «Iglesia sinodal» vamos a reflexionar sobre uno de los aspectos más importantes de su vida en relación con Dios: su oración. Y lo vamos a descubrir en toda su extensión, intensidad, grandeza y hondura. Ella es «maestra de oración». Ella ha creado escuela y todos nosotros, en este tiempo «sinodal» nos queremos matricular como discípulos. Como decía Griñón de Monfort, «María es el oratorio donde deberíamos hacer todas nuestras oraciones».

A través de su oración, nos podremos asomar a las actitudes profundas de María, modelo perfecto de la Iglesia que quiso Jesús. Vamos a detenernos en los distintos tipos de oración de María.

1. «HE AQUÍ LA ESCLAVA DEL SEÑOR» (Lc 1,38).

ORACIÓN DE ADORACIÓN

En los evangelios no consta que la Virgen fuera una excelente cocinera o una diestra costurera. Ella nos ha enseñado el arte más sublime e interesante para la humanidad: el arte de hablar con Dios, de tratar a solas con Él, de sumergirse en Él.

Nos dice san Pablo que «el Espíritu Santo lo sondea todo, hasta lo profundo de Dios». Y María, que ha nacido y ha crecido a la sombra del Espíritu, nos enseña a bucear en ese mar inmenso e infinito de Dios. Con Ella también nosotros podemos experimentar a Dios como «gracia sobre gracia», es decir, como gracia en cadena, como gracia que nos prepara a otra gracia superior. Diríamos que, de la mano de la Virgen, nosotros podemos descubrir a Dios como «sorpresa tras sorpresa, asombro tras asombro, gozada tras gozada».

Abordamos, en primer lugar, el tema de la adoración. El gran teólogo católico del siglo xx, Hans Urs von Balthasar, afirma: «El gran tema de la religión es la adoración. Lo demás es juego de niños».

San Ignacio de Loyola inicia sus Ejercicios Espirituales con el famoso Principio y Fundamento: «El hombre ha nacido para adorar, hacer reverencia y servir a Dios en este mundo».

Sor Isabel dice que esta oración de adoración pertenece más al cielo que a la tierra. La criatura viendo la belleza, la grandeza y el poder del Creador cae ante él en un éxtasis de amor.

La Biblia nos habla de un pecado original, es decir, de un pecado que ha sido la fuente y origen de todos nuestros males, el pecado de nuestros primeros padres en el Paraíso. Ellos podían comer fruta de todos los árboles menos del árbol de la ciencia del bien y del mal. Solo Dios es conocedor del bien y el mal. Nuestros primeros padres no asumieron su rol de criaturas y quisieron ser como Dios. Endiosarse, querer vivir al margen de Dios, romper el cordón que nos une con Él, esa siempre será una fruta prohibida para el hombre.

Y nuestros primeros padres fueron arrojados del Paraíso. La voz solemne y sonora de Dios –Adán, ¿dónde estás?– nos indica su situación existencial. Adán estaba perdido, como perdido está el hombre de nuestro tiempo cuando prescinde de Dios. Todavía la Biblia nos dice que nuestros primeros padres estaban «desnudos». Esta frase en boca de los profetas significa «angustia vital».

He ahí la triste situación del primer hombre que, hecho para adorar a Dios, se rebeló contra Él. Hombre desorientado, hombre con miedo,

hombre perdido, hombre en angustia vital. He ahí la imagen del hombre que, después del pecado, ya no era hombre.

En la Biblia los hombres piadosos, los hombres de fe, han sentido necesidad de caer de bruces ante Dios y adorarle.

Abrahán, en ese forcejeo con Dios para que no destruyera las ciudades de Sodoma y Gomorra, dice al final: «Me he atrevido a hablar a mi Señor, yo que soy polvo y miseria» (Gn 18,27).

Moisés, apenas ha recibido el encargo de ir a salvar al pueblo de la esclavitud del Faraón, dice a Dios: «¿Quién soy yo?» (Ex 3,11).

Isaías, ante la gran visión de Dios rodeado de ángeles que cantaban «santo, santo, santo», exclama: «¡Ay de mí, estoy perdido soy un hombre de labios impuros!» (Is 6,5) Un serafín con un carbón encendido le quemará los labios para purificarle.

Jeremías, en la elección de Dios para profeta desde el seno de su madre, dice: «Señor, soy un niño, no sé hablar...» (Jr 1,6).

Job no entiende el problema del mal, el sufrimiento de los inocentes. Después de un gran viaje con Dios por el espacio, descubriendo tanta belleza y maravilla, exclama: «Me arrepiento, yo que soy polvo y ceniza. Te conocía de oídas, ahora te han visto mis ojos. Me retracto y me arrepiento echado en el polvo y la ceniza» (Job 42,5-6). Solo vemos a Dios cayendo de rodillas a sus pies... Lo demás es solo conocerlo de oídas.

María, ante el anuncio del ángel, se turba, se pone a temblar. ¿De qué temblor se trata? Dice el poeta indio Rabindranath Tagore: «Cuando un pájaro canta sobre la rama de un árbol, al dejar el árbol, la rama se queda estremecida». En el viejo árbol de Israel ha florecido una rama verde. Y en esa rama el ángel ha cantado la más dulce canción. Dios ha decidido hacerse hombre. María queda estremecida ante estas palabras.

En el relato de la Anunciación, el texto bíblico dice que el ángel la dejó. La dejó a solas, la dejó de rodillas, la dejó en silencio, estremecida ante el Misterio. Como dice muy bien san Gregorio de Niza: «Adorar es elevar a Dios un himno de silencio».

Y aquí está María desandando el camino equivocado que Eva había iniciado. Eva quiso probar la fruta prohibida, quiso ser como Dios. María, al contrario, siente el vértigo ante la distancia infinita que le separa de Dios, experimenta ese escalofrío que se produce siempre que lo pequeño se pone ante lo grande; lo finito ante lo infinito, lo limitado ante lo inmenso, la nada ante el todo.

Nuestros primeros padres se sintieron perdidos, tuvieron miedo, se encontraron desnudos, vacíos. En cambio, María estaba bien orientada hacia su Dios, el ángel le quita todos los miedos: no temas María, Dios te mira con mucho agrado, y estás llena de gracia.

María, como todas las madres, ha besado y abrazado mil veces a su hijo, conoce todos sus nervios, todas sus articulaciones, aquella rodilla bellamente tersa sobre la que se quiebra la luz de la tarde la reconocería entre mil, pero cuáles son sus designios, su proyecto, su Misterio, es algo que desconoce como cualquier otra mujer. María no ha intentado abrir el misterio, entender el misterio, porque lo hubiera estropeado. Ha adorado, en silencio, el Misterio. «Al adorar a Dios todo se rinde, todo se calla».

El sentido de adoración ante la Eucaristía lo expresaba Paul Claudel cuando se dirigía a nuestro Señor y le decía: «Esto es demasiado grande. Sé tú solo el responsable de esta enormidad».

Como María, debemos cultivar nuestra capacidad de admiración y asombro ante Dios. Así lo hacía san Agustín: «¿Qué es esto que al mismo tiempo me enardece y me estremece? Eres Tú Dios mío. Me enardece eso que tienes tan semejante a mí. Eres hombre, como yo. Pero me estremece eso que es tan distinto de mí. Eres Dios».

Muchos de nosotros ya tenemos el pelo blanco. Y corremos el riesgo de pensar que ya nuestra vida está hecha, está agotada. Y no caemos en la cuenta de que esta etapa final puede ser la más bonita. Tenemos tiempo para Dios. Al atardecer de la vida todavía podemos ofrecerle al Señor «el incienso de la tarde» y dejar a Dios un buen sabor de boca.

Podemos invitar a nuestra oración de adoración a la creación entera, como hacía san Francisco. Sí, que venga el hermano sol y se postre ante Dios. Y la hermana luna, y la hermana agua, y el hermano lobo y hasta la hermana muerte. Sí que se asocie a nuestra oración la hermana muerte. El salmo 22 habla de la muerte como adoración. «Ante Él se postrarán las cenizas de la tumba». Y el mejor comentario a estas palabras lo hace Quevedo en aquellos versos sublimes: «Serán ceniza mas tendrán sentido. Polvo serán, mas polvo enamorado».

Remedando unas palabras del Poeta Rilke, podemos decir: «En la vida todo cae: cae la lluvia, cae la tarde; caen los copos de nieve en invierno y caen las hojas de los árboles en la primavera. Nosotros también caemos. Pero hay Alguien que sostiene nuestras caídas: las manos de nuestro Padre Dios». Sí, todos caemos, pero no como vencidos, derrotados, aplastados por la muerte. Podemos caer como campeones y hacer de nuestra muerte el supremo acto de adoración.

No sabemos si la Virgen murió de muerte física o fue trasladada al cielo. Lo que sí sabemos es que el último acto de vida en este mundo consistió en un abandono total en Dios. Nosotros nos entregamos a Dios, nos consagramos a Dios, pero la Virgen ni se entregó, ni se consagró a Dios. Se perdió en Dios. Para este acto supremo de María parece estar escritos los versos sublimes de san Juan de la Cruz.

Quedeme y olvideme,
el rostro recliné sobre el Amado.
Cesó todo y dejeme
dejando mi cuidado entre las azucenas olvidado.

2. «HÁGASE EN MÍ SEGÚN TU PALABRA» (Lc 1,38).

ORACIÓN DE ACOGIDA

En la vida es bonito decir que sí. Es bonito decir sí a las demandas, a las necesidades, a los requerimientos de los demás. Más bonito todavía es decir sí al amor. Cuando dos jóvenes se dicen que sí, que se quieren, que quieren vivir juntos toda la vida, Dios les regala un sacramento, el sacramento del Matrimonio. Pero todos sabemos que decir sí a una persona es un riesgo; porque dentro de cada persona hay un misterio, un mundo desconocido.

María tuvo la osadía de decir que sí al Misterio de Dios. No intentó abrirlo, conocerlo. Prefirió cargar con el Misterio, hincar sus rodillas ante Él y adorarlo en silencio. María quedó desbordada durante toda su vida por el Misterio de un Dios-Amor.

Hemos comenzado esta reflexión diciendo que, en la vida, es bonito decir sí. Decir sí a la vida, sí a los hermanos, sí al amor. Pero mucho más bonito todavía decir sí a Dios. Y eso es lo que hizo María: decir sí a Dios. Un sí es solemne, rotundo y sonoro. ¿Hemos pensado en lo que hubiera pasado si hubiera dicho que no? No hubiera venido Cristo al mundo y ninguna persona se hubiera podido salvar.

San Bernardo recoge muy bien ese momento histórico en el que se jugaba el destino de toda la humanidad: «El ángel espera tu respuesta, ¡oh María! También nosotros estamos esperando... En tus manos está el precio de nuestro rescate. Responde pronto, ¡oh Virgen! Pronuncia la palabra que la tierra, el cielo y el infierno esperan. Abre tu corazón a la fe, tus labios a la palabra y tu seno (virginal) al Creador. Mira, el que es el deseo

de todas las gentes está fuera y llama a tu puerta... Levántate, corre, abre. Levántate con la fe, corre con tu afecto, abre con tu consentimiento». Y María dijo «sí». La puerta se abrió y Dios entró definitivamente en nuestro mundo y en nuestra historia. ¡Gracias, María, por haber dicho que sí! ¿Cómo es el sí de María?

El sí de María es existencial

Abarca toda su existencia. Nadie como Ella ha rezado el Semá (oración que recita el buen israelita al levantarse y al acostarse) con tanta verdad: «Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas» (Dt 6,5). Nosotros también lo recitamos, pero ¡de qué distinta manera! Amamos al Señor con el corazón, pero no con todo el corazón. Con el alma, pero no con toda el alma, ni con todas nuestras fuerzas.

Para María, Dios o está en el centro o no está en ninguna parte. Dios no es un paralelo más en su vida sino el meridiano que atraviesa todos los paralelos de su existencia. Vive a Dios a tope. Es la llena de gracia, la que rebosa a Dios, la que rezuma a Dios por todos los poros de su ser.

Ella ha recitado el salmo 16: «Yo digo al Señor: Tú eres mi bien». Tú eres lo primero, Tú eres lo absoluto, Tú eres definitivo para mí. Dios no era para Ella una idea bonita, sino Alguien sin el cual ella ya no podía vivir.

El «solo Dios basta» de santa Teresa lo vivió María muchos siglos antes de que nuestra Santa lo formulara. Y lo entendía de esta manera: «Cuando Dios no está todo suena a vacío. Cuando Dios está todo se llena de sentido».

Y tiene que ser así porque Dios es al mismo tiempo el ser Necesario y Suficiente. Por ser Necesario las demás cosas no pueden ser suficientes; y por ser Suficiente, las demás cosas no pueden ser necesarias.

Por estar totalmente anclada en Dios, María no ha tenido ídolos en su corazón. Los ídolos nacen y crecen en la tierra umbría donde no penetra el sol. María, con las palabras del salmista, pudo decir: «Los dioses y señores de la tierra no me dicen nada» (Salmo 16).

El sí de María es incondicional

Sabe decir sí cuando las cosas le van bien y cuando le van mal. María elige el camino de Abrahán, el padre de la fe. Para Abrahán era

muy fácil decir a Dios que sí cuando, en una noche serena, con un cielo estrellado, le hace una promesa: Cuenta si puedes las estrellas del cielo. Así de grande será tu descendencia.

Lo difícil es decir a Dios que sí cuando le pide que sacrifique al hijo de la promesa: «Toma a tu hijo único, a tu querido Isaac, y ofrécelo allí en holocausto, en el Monte Moria». Y Abrahán le dijo que sí y estaba dispuesto a sacrificar a su hijo.

Para nosotros es fácil decir sí a Dios cuando todo nos va bien: tenemos salud, tenemos trabajo, tenemos prosperidad... Pero no es fácil decir a Dios que sí cuando se nos exige sacrificar el «Isaac de nuestras ilusiones»...

Era muy bonito para la Virgen decir sí a Dios en el momento en que el ángel le dice cosas tan bonitas como esta: Alégrate, llena de gracia, Dios te mira con mucho agrado... Pero muy difícil cuando ve morir a ese Hijo en medio de horribles tormentos, con una sed desgarradora, sin poder ofrecerle ni un vaso de agua. Y María acepta la voluntad de Dios y le dice que sí.

El sí de María a Dios es universal

Es un sí que se extiende a todas las personas. El mandamiento del amor a Dios y el amor al hombre ya estaba en el Antiguo Testamento, concretamente en el Dt 6,5; Lv 19,18. La originalidad de Jesús consistió en unir los dos mandamientos. Desde ahora ya no se podrá decir sí a Dios si no se dice también sí al hombre. Los dos amores son como vasos comunicantes. Y esto cuesta.

Teilhard de Chardin, el que habló del Cristo Cósmico, del Cristo cada vez mayor, en su libro *El Medio Divino*, dice:

Dios mío te lo confieso: he sido durante muchos años, y todavía lo soy, refractario al amor del prójimo. De la misma manera que he gustado ardientemente la alegría del romperme y perderme en las almas con las que me unía la afinidad del cariño humano... me he sentido hostil y cerrado frente al común de los que me dices que ame. Lo que en el Universo está por encima o delante de mí fácilmente lo asumo e integro: materia, plantas, animales, estrellas, ángeles... Pero «el otro», no solo el imbécil, el que me pone zancadillas, sino simplemente «el otro», ese que con su individualidad e independencia, rompe mi ser. ¿Sería sincero si no dijera que mi

reacción instintiva es de rechazarle? ¿Y que el entrar en comunión con él me resulta desagradable?

Ese es un hombre sincero. Nos cuesta amar. Nos cuenta poco venir a la Iglesia y entendernos con el Señor del Sagrario, pero qué duro y difícil ponerse delante del tabernáculo del hombre.

Por voluntad del papa Francisco, estamos ya metidos en una «Iglesia sinodal». Este año concreto lo vamos a dedicar a crear grupos de personas diferentes, con mentalidades distintas, con distintas visiones de Iglesia. Eso ya ocurría en el siglo primero. Las comunidades de Mateo son diferentes de las de Marcos y Lucas. Y todavía más distintas de las de Juan y Pablo. Pero tienen un lazo que los une: la presencia viva del Espíritu. Ese mismo Espíritu está hoy presente en nuestra Iglesia del siglo XXI. Podemos tener ideas distintas y, sin embargo, permanecer unidos a Jesús viviendo una auténtica fraternidad.

A María le fue muy gratificante la presencia de su Hijo en Nazaret acompañada por José, el esposo más bueno del mundo. Pero le costó lágrimas de sangre cuando desde la Cruz escucha de Jesús una palabra desconcertante: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Su hijo, desde ahora, será Juan, es decir, el otro. Y en ese otro estamos todos: también los que están asesinando al Hijo bueno, al hijo nacido de sus entrañas. Y María dice sí.

Necesitamos esta oración de acogida, de aceptación. Debemos aceptarnos como somos. Y somos mucho más de lo que aparentamos. Nuestro gran problema consiste en vernos solo superficialmente. Es verdad que todos somos limitados y, como limitados, tenemos «pequeños charcos que salpican» al otro el barro que llevamos dentro. Pero nunca pensamos en todo lo positivo que llevamos en el alma. Estamos hechos a «imagen y semejanza de Dios». Y en lo profundo de nuestro corazón hay bosques, jardines, ríos, mares... ¿Por qué no hacemos un intento por descubrir lo bueno de cada uno y tener el valor de instalarnos en esa zona positiva de la persona?

Para vivir así necesitamos la presencia cercana y cariñosa de nuestra Madre. Es Madre de todos y a nadie rechaza. ¿Por qué? Porque está llena del Espíritu de Dios que es Amor. Terminamos con unos versos de Emilio Mazariegos:

Junto a tu hogar encendido en la noche
mi corazón encuentra paz y calma.

Cuando tú besas mi rostro, madre,
siento que Dios, el mismo Dios, me abraza.

3. «MI ALMA ENGRANDECE AL SEÑOR» (Lc 1,46).

ORACIÓN DE ALABANZA

Este género de oración, tan presente ya en el Antiguo Testamento, es uno de los aspectos más bonitos y más sublimes de la oración. Es la oración más desinteresada. Aquí uno se olvida de sí mismo y solo pone su pensamiento y su corazón en Dios. Solo le interesa Dios y todo lo que a Él le agrada.

En el Magníficat, María se queda fascinada, cautivada, extasiada, ante su Dios. Toda su intensa y fecunda experiencia religiosa estalla en una oración. Traduce hacia fuera la experiencia de Dios que lleva dentro. Toda su persona se hace oración. Toda ella se hace canto de alabanza y desbordamiento de gratitud.

Ojalá que aprendamos de María a orar a fondo perdido, a ser agradecidos y desinteresados, a buscar no los dones de Dios, sino el Dios de los dones.

Normalmente nosotros casi siempre hacemos la oración de súplica antes que una oración antropocéntrica, es decir, el centro es el hombre con sus problemas y dificultades. Pero en algún momento debemos dejar de ser los eternos pedigüños de Dios. La oración de alabanza es teocéntrica, es decir, el centro es Dios. Uno que reza con esta oración llega a Dios y le dice: «A mí, en estos momentos, solo me interesas Tú». Estoy solo y todo para ti: tus cosas, tu gloria, tus gustos, tu felicidad. Por eso, la oración de alabanza es la más desinteresada. A este tipo de oración en los salmos se le denomina «himno».

María no solo cantó «himnos» sino que convirtió toda su vida en un gran himno, en un hermoso poema para Dios. En el Magníficat María traduce en palabras toda la hermosa vida de fe que lleva dentro. Diríamos que su vida estaba tan llena de Dios que estalló en una oración de glorificación al Padre. Ella solo vive para hacer las delicias de su Dios.

El corazón de la Virgen era como un gran incensario de brasas encendidas de amor. Cada obra que Ella hacía era como un grano de incienso que provocaba una columna de humo de suave olor. María no se cansa de bendecir, decir bien, hablar bien de la persona que ama.

En este año de la Iglesia Sinodal, no podemos olvidar a todos los Monasterios de vida contemplativa que «día y noche» elevan al Señor una sublime oración que prolonga la oración de Jesús en la noche. En la noche de nuestro mundo alguien debe encender una antorcha que ilumine tanta oscuridad.

María en el Magnificat recoge la oración de su pueblo y reza con él. Así hace suyas las actitudes de los grandes amigos de Dios.

– María ha hecho suya la actitud de Abrahán. Ha salido de su propia tierra hacia la tierra de Dios. Ella no ha vivido nada para ella, para su gusto personal, sino solo para Él. Ella no ha vivido en Belén, ni en Nazaret, ni en Jerusalén. Ha vivido en Dios. Dios era su Patria, su mundo, su tierra, su hogar. Y en Él vivía la más auténtica y fecunda de todas las vidas.

– María ha hecho suya la experiencia de Moisés cuando pastoreaba el rebaño de su suegro Jetró, sacerdote de Madián. Tuvo una gran visión: Una zarza que ardía y no se consumía. Una imagen viva, suguyente, evocadora. Un Dios que arde en llamaradas de vida. Moisés no se atrevió a acercarse porque, como pecador, tenía los pies manchados. María, la Inmaculada, la Incontaminada, se acercó sin interferencias y tanto se acercó que se abrasó en esa Hoguera de Amor.

– María, como buena israelita, sabía que David cantó y bailó delante del Arca. María era Ella misma el Arca en la que el mismo Dios cantaba y danzaba. Porque a veces Dios también tiene ganas de cantar. «Voy a cantar a mi viña un canto de amor» (Is 5,1). Pero en todo Israel encontró un lugar adecuado. María, la presencia quemante de Dios entre los hombres, la verdadera Arca de la Alianza es el lugar desde donde Dios canta, a gusto, el canto que a Él le encanta: el canto del amor.

Los griegos describen la Trinidad como *perijóresis*, una danza de amor. María es el Tabernáculo de la Trinidad donde se realiza esa danza divina de amor.

María en el Magnificat habla con un gran realismo. Sabe que hay pobres y hay ricos; opresores y oprimidos; y que las cosas deben cambiar. Pero esto no le impide cantar, bendecir, alabar y estar alegre. Esa experiencia de gozo no se la quita nadie. No anuncia catástrofes, ni guerras, sino un Dios que salva.

La primera palabra que le dice el ángel la ha marcado para siempre: María, llena de gracia, alégrate. Dios te llama para que seas plenamente feliz. Alegría en las bodas de Caná. Él es la fiesta de la vida. Y su madre no quiere perderse esa fiesta.

El cristianismo es, ante todo, una buena noticia. Y una buena noticia no se da con una cara triste o en un tono apagado. Los apóstoles después de la Resurrección se juntaron con María para recibir el Espíritu Santo. Salen llenos de ardor y de entusiasmo, capaces de pegar

fuego al mundo por los cuatro costados. Es el fuego del amor que Jesús ha venido a traer. Necesitamos gente alegre, feliz, que arda por dentro. «El cristianismo no es un cúmulo de prohibiciones sino una opción positiva» (papa Benedicto ante periodistas que le preguntan por su actitud en Valencia).

Arder. Esa es la palabra. Sacerdotes alegres, ilusionados, que no se queman, que no se cansan, que viven con ilusión hasta el fin de sus vidas. Religiosas que tratan con jóvenes en los Colegios y que no necesitan beber en la copa que ellos beben, sino que beben la felicidad en la copa del Señor. Religiosas que queman toda su juventud atendiendo ancianos, desecho de lo que no quiere nadie. Y esto ¿a cambio de qué? A cambio de nada. Ellos se sienten como regalo de Dios y quieren hacer de su vida un regalo para los demás. Seglares comprometidos. Contentos, felices, sin añoranzas del pasado, dispuestos siempre a dar razones de su fe y de su esperanza al que se les pida... «Nosotros ponemos la esencia de la santidad en estar siempre alegres» (Salesianos).

Y ese mensaje debemos hacerlo nuestro en esta época. Y especialmente en este año «sinodal» donde la Iglesia necesita una conversión, un cambio, un volver al Jesús del Evangelio. Tal vez en otros tiempos hemos creído que la santidad consistía en ayunos, mortificaciones o ser fieles cumplidores del deber. Hoy día la Iglesia necesita cristianos alegres, contentos, felices con su Dios.

Tal vez nuestra oración ha sido demasiado pobre, demasiado a ras de tierra y necesitamos alzar el vuelo... Nadie mejor que María. Terminamos con unos versos del gran poeta italiano del siglo XIII, Dante Alighieri:

Mujer eres grande y tanto alcanzas
que el que quiere gracia y a ti no acude
es como querer volar sin alas.

La Divina Comedia

4. «NO TIENEN VINO» (JN 2,3).

ORACIÓN DE SIMPLICIDAD

La oración de simplicidad no significa una oración simple, una oración simplona. Al contrario, es propia de aquellas personas sencillas que están tan llenas de Dios, que no necesitan pedir nada. Dos personas

que se quieren no necesitan decirse nada. Basta con mirarse a los ojos y se adivinan los gustos. En este tipo de oración es suficiente con exponer. Ya sabe Dios lo que tiene que hacer.

Esta oración es propia de aquellas almas grandes que llevan una vida humilde y sencilla. Es la oración de tantas almas sencillas, la de nuestras propias madres, que no pudieron leer la Biblia ni hacer cursos de formación, ni talleres de oración. Y que, con el Kempis en una mano y el rosario en la otra, han alcanzado la santidad.

Entre Jesús y María hay una corriente de simpatía, una comunión de sentimientos, un respirar de almas afines. De tanto mirar a su madre a los ojos, Jesús se perdió en ellos; de tanto escuchar su voz, su corazón de niño se fue llenando de una melodía misteriosa; de tanto juntar sus manos a las manos de su Madre, Jesús aprendió a tocar todo con ternura.

Esta oración de simplicidad se hace más con el corazón que con los labios. Una persona que ama mucho a Dios no tiene necesidad de pedirle nada. Le basta con exponer. Y esto es lo que hace María en las bodas de Caná: expone a su Hijo una necesidad: «No tienen vino». Una vez efectuada la petición, ya no habla nada, ni exige nada. Simplemente espera. Aprendamos también nosotros en esta celebración a orar de esta manera.

Estas palabras de María en las Bodas de Caná: «No tienen vino», son palabras de mujer. Solo una mujer cae en la cuenta de los detalles. La Virgen, que ha pasado totalmente desapercibida en aquella comida, pronto cae en la cuenta del bochorno que supone para aquellos jóvenes esposos la ausencia del vino, símbolo de la alegría y de la fiesta. María no pide nada. Simplemente expone, sugiere, deja caer sus palabras delante de su Hijo. ¡Bella, elegante, exquisita manera de pedir! ¿Qué es, en concreto, esta oración?

San Bernardo escribió un precioso comentario al Cantar de los Cantares, es decir, al mejor cantar. Ahí se narra la vida de dos esposos enamorados. Después este libro ha servido para describir las relaciones del hombre con Dios como relaciones de amor. San Bernardo se retiró a una cabaña y allí, en el silencio y la soledad, hizo el comentario. Y comienza así: «No es sonido de la boca sino alegría del corazón. No es ruido de labios sino movimiento de gozo; no se oye por fuera, pues no resuena en público. Óyelo solo aquella que lo canta y Aquel en cuyo honor se canta: El esposo y la esposa. Es un canto de enamorados». La oración de simplicidad brota de un corazón enamorado de Dios.

En la Biblia se da este tipo de oración, especialmente en los salmos. Dice el salmo 5: «Por la mañana te expongo mi causa y me quedo aguardando». La mañana, con su frescura original, con su estreno de la luz, con la belleza de todo lo que nace, con la brisa suave y acariciante de la presencia de Cristo resucitado, es hora propicia para la oración. El salmista se limita a exponer su causa a Dios. Y ya se queda tranquilo. Ahí le ha dejado a Dios sus problemas, sus preocupaciones, aquello que incluso le ha quitado el sueño por la noche. Ha volcado en Dios el peso y la carga de la vida y se ha ido tranquilo a trabajar.

Dice el salmo 131: «Señor, mi corazón no es ambicioso ni mis ojos altaneros; no pretendo grandezas que superan mi capacidad; sino que acallo y modero mis deseos como un niño en brazos de su madre». Un hombre conforme con su suerte, sin ambiciones, sin presumir de nada, sin envidias a nadie, acalla y modera sus deseos en brazos de Dios. Todas las filosofías y religiones orientales tienden a quitar los deseos, pero ¿de qué forma? Los estoicos decían que resistiendo, encajando el golpe, haciéndose fuertes como la roca del mar. Aguanta el oleaje hasta que las olas se desvanecen... Pero sabemos que no somos de piedra... Las religiones tienden a «erradicar la insatisfacción». Para eso usa de relajaciones, métodos etc. El salmista no conoce métodos. Sabe dormirse tranquilo en los brazos de Dios, como un niño. En el texto original la imagen es más bella. No dice como un niño en brazos de su madre sino como un niño recién mamado. Antes de mamar llora porque tiene hambre. Mientras está mamando está nervioso y se agita porque cree que le va a faltar. Recién mamado está feliz, satisfecho, se queda dormido. Bella imagen. Un niño satisfecho, contento con Dios, ya no pide nada. Lo único que puede pedir es continuar en esta situación.

El salmo 36 nos habla de otra experiencia: «Sea el Señor tu delicia y Él te dará todo lo que tu corazón pide». Aquí no piden los labios, ni las manos extendidas, ni las rodillas humilladas. Solo pide el corazón. Y ese corazón, a pesar de tener tantas exigencias, se queda siempre satisfecho porque hace las delicias de Dios.

El salmo 15 dice: «El Señor es el lote de mi heredad y mi copa. Me ha tocado un lote hermoso. Me encanta mi heredad». Alude al reparto de la tierra entre las tribus. Es Josué el que mete la mano en la copa donde están las tribus. Pero hay una tribu que no está en suerte. Es la tribu de Leví, la reservada para el culto. Dios es su lote. Dios es su heredad. El salmista está feliz. «Me encanta mi heredad». En la copa están los dones de Dios, pero no el Dios de los dones. Nuestra suerte es Dios. Nuestro tesoro es Dios, nuestra mejor heredad es Dios. Y esto debemos

agradecerlo y celebrarlo. Y no hay que pedir nada más. «Que otros beban en otras fuentes el placer...Yo bebo en la copa del Señor» (S. Agustín).

Esta oración de simplicidad se da también en el Nuevo Testamento. Jesús amaba a Marta y a María. Jesús no tiene prejuicios sobre las mujeres ni constituyen ningún tabú. Las ama sin sentirse atado a ninguna. Estas hermanas tenían un hermano, Lázaro, que estaba enfermo muy grave y enviaron un emisario con este encargo. Di a Jesús: «Señor, aquel a quien tú amas, está enfermo». No se le pide nada. Solo expone el caso. Él sabrá qué hacer.

A estas almas que no piden nada, es a las que Dios más les da. Si no les concede lo que piden es porque quiere darles algo mejor. Las hermanas hubieran deseado que Jesús hubiera ido a librarle de la enfermedad. «Si hubieras estado aquí mi hermano no hubiera muerto» (Jn 11). Lo que esas hermanas no se podían imaginar es que Jesús lo iba a resucitar.

Y esta es la oración de María. «No tienen vino». A pesar del aparente reproche de Jesús: «No te metas en mi vida». «Todavía no ha llegado mi hora». María sigue esperando en Él. Y dice a los criados: «Haced lo que os diga». ¿Qué le va a negar Dios a su madre? Es verdad que son palabras duras, pero Ella deja que pase el tiempo y que estas palabras le bajen al corazón. Hará un milagro mucho más grande que lo que pedía: pone un vino mucho mejor y muy abundante. Pone 600 litros de buen vino, símbolo del amor desbordante de Dios. El milagro, es decir, los hechos, ahogan la dureza de las palabras.

Una oración de simplicidad comporta una vida muy sencilla, sin ruido, haciendo las cosas más vulgares de cada día con mucho amor. San Pablo da una gran lección a la comunidad de Corinto. Allí hay una comunidad bien dotada de dones, carismas, revelaciones, etc. Ellos viven felices porque les recuerda los grandes acontecimientos del Éxodo. Pero Pablo descubre que esa comunidad está amenazada porque no viven en el amor. Están desunidos. Y les escribe ese célebre capítulo XIII sobre la caridad. Sin caridad no sois nada. Y lo que hacéis no os sirve para nada.

La primera comunidad cristiana vive con una gran sencillez, con alegría, compartiendo lo que son y lo que tienen. La clave es que «tenían un solo corazón y una sola alma». Vivían en el amor. En este mundo tenemos días para todo: día del niño, día de la madre, día del padre, día del maestro, día del enfermo. Y yo pregunto ¿por qué no tenemos el día del día? Sí, el día normal, el día de trabajo, el día sin más.

¿Por qué no convertimos en domingo cualquier día de la semana? Se nota que las letanías no fueron compuestas por María. Ella hubiera dicho: «Madre de todos días ruega por nosotros».

Santa Teresita fue feliz cuando descubrió el puesto en la Iglesia. Ella humilde y enferma no podía hacer grandes cosas. Ni podía ser cabeza, ni manos, ni pies. Pero podía ser corazón dentro de la Iglesia. Y se llenó de gozo. Ella estaba destinada a enviar amor a todo el Cuerpo Místico. Por eso, el Papa la nombró patrona de las Misiones. Al acabar el día hará su examen con una pregunta. ¿Estás Jesús, contento de lo que he hecho en este día? Pues mañana aún lo estarás más.

El filósofo Celso, un griego del siglo III que se enfrentaba a los cristianos, afirmaba que Jesús no podía ser hijo de Dios porque ¿cómo Dios iba a enamorarse de una mujer campesina que se ganaba la vida hilando? Pero Jesús no cambió la situación social de su madre, al Padre le gustaba así: humilde, sencilla y pobre. Por eso, el ángel no fue a buscar a la madre de Jesús ni a la sabia Grecia ni a la opulenta Roma sino a Nazaret, un pueblo insignificante donde había una jovencita que no sabía hacer nada que se saliera de lo corriente, pero que lo ordinario lo hacía extraordinariamente bien.

Y es precisamente esta mujer sencilla y humilde la que acapara las miradas de toda la humanidad. Siempre el hombre había soñado con tener a Dios cerca. En Roma se hablaba de los «lares», los dioses de la casa. Remedando un texto de K. Rahner, podríamos decir: Cuando nuestra mente se para a pensar dónde se ha hecho presente ese Dios tan alto, no en los postulados del espíritu, sino en las chozas de la tierra, en el seno de una humilde aldeana, es entonces cuando uno comprende que es María el lugar privilegiado donde la estrella de Dios se detiene y donde uno siempre cobra ánimo para hincar las rodillas y con los ojos arrasados en lágrimas y el corazón enternecido, dice. «Aquí el Verbo de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros».

Pedimos, en esta Iglesia sinodal, que nos dé María una vida rica en sencillez y que consigamos la paz del corazón, incluso aunque la barca del alma sea objeto de las olas...

Tronaba el cielo rugiente
La tierra se estremecía.
Bramaba el agua... María
Estaba... sencillamente.

José María Pemán

5. «ELLOS NO ENTENDIERON» (Lc 2,50).

ORACIÓN EN LA FE DESNUDA

Dice Pascal: «A Dios solo lo entiende Dios, y nadie más». El mismo evangelio de san Lucas nos dice que María no entendió a Dios. Pero María hizo algo más importante que entender: Se fio plenamente de Dios.

María pronto se dio cuenta de que aquel Hijo a quien tanto quería y adoraba, le rebasaba, le trascendía. Era mucho más que Ella y rompía todos sus esquemas. Se iba acostumbrando a dejarse guiar por la fe, la cual le impulsaba siempre hacia «más allá» de lo palpable, de lo visible, de lo controlable. Ella acaba rindiéndose a la provocación de Dios, a lo que Dios le pide cada día, sin poner jamás límite a sus exigencias divinas.

Jesús quiere educar a su madre en una dimensión de fe cada vez más profunda, precisamente por los caminos a través de los cuales el Padre va a conducir a su Hijo. María fue grande no tanto por haber dado a luz biológicamente a Jesús, sino porque tuvo el coraje de creer lo increíble.

Muchas cosas bonitas se han dicho de la Virgen. Cuando rezamos el Rosario acabamos con las letanías: una sarta de elogios y piropos que le dedicamos a nuestra madre del cielo.

La Virgen no entendió a Dios. Lo dice el mismo evangelio. Y es normal. Si lo hubiera entendido hubiera sido una diosa. Y María es la madre de Dios, pero no diosa. Hay unas palabras muy iluminadoras de santa Teresita, una persona que, a la hora de su muerte, sufrió terriblemente a causa de la fe. «Me hubiera gustado ser sacerdote y poder predicar de María una cosa: que Ella vivió de la fe». El mejor elogio que se puede decir de la Virgen es el que le tributó su prima Isabel cuando le dijo: «Dichosa tú, la creyente». La creyente por antonomasia, el modelo perfecto de fe. Ella estuvo siempre abierta al misterio de Dios. Misterio que nunca consideró como un muro infranqueable sino como un mar abierto sin horizontes y sin fondo. Hagamos un recorrido bíblico para caer en la cuenta de la grandeza de la fe de María.

La anunciación. San Lucas coloca dos concepciones en paralelo: la de Juan Bautista y la de Jesús. Hay cosas comunes: un ángel, un saludo, un anuncio asombroso y desconcertante. Pero hay cosas distintas: En el caso de Zacarías tiene lugar en Jerusalén, centro del judaísmo más

puro y duro. Allí estaban los sacerdotes, los escribas, los fariseos, los que llevarían a Jesús a la muerte. En el caso de María, la anunciación tiene lugar en Galilea, el lugar de los pobres, lugar despreciado por los judíos ortodoxos porque era ciudad abierta a otros pueblos y culturas, «la Galilea de los gentiles». Un Dios abierto a todos los pueblos.

En el caso de Zacarías, tiene lugar en el Templo de Jerusalén donde se había concentrado el culto y todos los judíos, incluso los de la diáspora, tenían que acudir. En el caso de María, fuera del Templo. En el mundo no religioso, no institucional, en el mundo profano. Jesús dirá que «los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad» (Jn 4,23). Cada hombre, cada mujer, será templo del Dios Vivo. Dios entra también en el mundo de lo profano.

Zacarías es sacerdote, un hombre de prestigio, bien formado en el tema religioso y representa la institución. María una mujer sin ningún prestigio. No ha acudido a las escuelas de formación religiosa porque era mujer. Es una seglar. Lo que sabe de Dios lo sabe por experiencia.

Un anuncio desconcertante. A Zacarías le dice: tendrás un hijo en la vejez. Humanamente difícil, pero no era el primer caso en la historia. Sin embargo, apoyado en sus razonamientos humanos, no lo cree. Si cuando Isabel era joven no ha podido, ¿cómo va a poder ahora que sus entrañas están resacas y envejecidas? A María se le pone algo más difícil todavía. Se le dice que va a ser Madre, sin intervención de varón. Aquí no hay antecedentes. El primer caso de la historia. No entiende nada, pero pone toda su seguridad en Dios. Solo pregunta al ángel por el modo. No te preocupes, el Espíritu Santo vendrá sobre ti.

Desenlace: A la falta de fe por parte de Zacarías, Dios responde con un castigo saludable. Se queda mudo. A la fe de María, Dios responde con el Magnificat, una especie de glosolalia o catarata de palabras de alabanza y de gratitud. Es el premio de la fe.

Y ahora una observación. Después de poner el nombre al niño Juan, Zacarías no solo retoma el habla, sino que entona otro canto de alabanza, el Benedictus. ¿Qué ha pasado? Si hace poco era un incrédulo... María, la mejor catequista, le ha contagiado la fe por ósmosis. Por otra parte, solo podemos hablar de aquello que creemos. «Creí, y por eso hablé».

Una fe probada. Los pocos datos del evangelio apuntan a una separación física de Jesús con su madre que redundará en acercamiento en la fe. En las bodas de Caná Jesús le dice: ¡Qué nos importa a ti y a mí, mujer!

No ha llegado mi hora. Jesús hace el milagro, pero no para contentar a su madre sino para confirmar la fe de los primeros discípulos. «Allí manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en Él». Y María lo acepta así.

En cierta ocasión le dicen: «Ahí está tu madre... ¿quién es mi madre? Todo el que hace la voluntad de Dios es mi madre y mis hermanos...» (Mc 3,31-35). Toda madre disfruta del triunfo del hijo más que de sus propios triunfos. Y a la Virgen le hubiera encantado, como mujer, que Jesús la hubiera puesto en medio y le hubiera dado un abrazo de Hijo. Él le dice que es feliz por otro motivo: porque hace la voluntad del Padre. Y María acepta. Y Jesús pudo decir de María lo que más tarde dirá san Agustín de su madre santa Mónica: «Parióme a mí mi madre antes en la fe que en la carne».

Una mujer sencilla del pueblo, entusiasmada con Jesús, le dice: Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron. Nosotros hubiéramos dicho: «Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te criaron» (Lc 11,27-28)... Humanamente también le hubiera encantado que su Hijo hubiera aceptado con gozo ese piropo a su madre y hubiera felicitado a esa mujer. Y, de nuevo, Jesús dice: Dichoso aquel que escucha la palabra de Dios y la pone por obra. Sí, mi madre es dichosa por ser oyente fiel de la palabra de Dios. Y Ella acepta ese nuevo tipo de maternidad.

En la Cruz. Llega al máximo la fe de María. Le llama, de nuevo, mujer, y le dice: «Ahí tienes a tu hijo». Despojo total. Pero hay más. El Ángel le ha dicho cosas maravillosas de lo que iba a ser ese Hijo: «Será grande..., se llamará hijo del Altísimo..., heredaré el trono de David...». Y los hechos desmienten sus palabras. Lo que ve es que está en la Cruz muriendo en medio de dolores atroces, en medio de dos bandidos... Y María, como Abrahán, sin entender nada, sabe cambiar las promesas de Dios por el Dios de las promesas... Jesús bien pudo decir especialmente a su madre lo que dijo a la Cananea: Mujer, ¡qué grande es tu fe!

María es la única que cree en la Resurrección. La única lámpara encendida de la fe desde la muerte de Cristo. No va con las mujeres al sepulcro a embalsamar a Jesús ni consta en ninguna aparición. María no necesita apariciones para creer. Por supuesto que es la primera que se encuentra con el Resucitado, pero no en la tumba vacía ni en ninguna de las apariciones, sino en la fe desnuda. Cuando llegan María Magdalena, los discípulos, las otras mujeres a dar a María la noticia de que han visto a Jesús, María los recibe sin ningún gesto de sorpresa sino con una gran sonrisa y una cara de inmensa alegría. Como diciendo: ¡Ya lo sabía!

El premio a la fe de María en el momento de la Anunciación se da por medio del Magnificat: una catarata de palabras de alabanzas al Dios salvador. El premio de la fe mantenida a lo largo de toda su vida, se lo reservará a María el Nuevo Adán, y se lo entregará en silencio, resucitando en el mismo corazón de su Madre. Ella será el estreno de la Nueva Humanidad.

El tiempo de la Iglesia sinodal coincide con el tiempo de increencia, de lejanía de Dios. Hoy, como decía santa Teresa, necesitamos «amigos fuertes de Dios». Necesitamos no solo vivir la fe, sino vivir de fe, de sola fe. Como lo hizo la Virgen nuestra Madre. Vivamos esta fe. Sepamos encontrarnos con Dios, no fuera de nosotros, sino dentro de nuestro propio corazón: como fuente de amor, de verdad, de vida, de felicidad. Como manantial de paz, de gozo y de dulzura. Nadie lo ha expresado tan bien como Antonio Machado:

Anoche cuando dormía soñé ¡bendita ilusión!
que una fontana fluía dentro de mi corazón.
Anoche cuando dormía soñé ¡bendita ilusión!
que una colmena tenía dentro de mi corazón.
Anoche cuando dormía soñé ¡bendita ilusión!
Que era Dios al que tenía dentro de mi corazón.

6. «TU PADRE Y YO APENADOS, TE BUSCÁBAMOS» (Lc 2,48).

ORACIÓN DE BÚSQUEDA

Abordamos ahora un tipo de oración muy adecuado para nuestra Iglesia sinodal: la oración de búsqueda. Solo se busca aquello que se ama. Si no buscamos a Dios después de haberle perdido, es que no lo teníamos suficientemente poseído.

María ha perdido a su Hijo y lo busca angustiosamente, desesperadamente. Sin este Hijo, pierde el sentido de su vida. No come, ni duerme, ni descansa hasta encontrarlo. Para una madre, un hijo es un trozo de su vida; para esta madre es toda su vida. Para una madre, perder a un hijo es enfermar; para esta madre, perder un hijo es morir. La Virgen se muere a chorros al perder a su querido hijo Jesús.

María no puede soportar la angustia de pensar que ya no abrirá la puerta al hijo que llega; ni lo estrechará en su corazón, ni escuchará más aquellas palabras dulces, tiernas, cariñosas, con las que alimentaba su

alma cada día. Sin Jesús ha terminado para Ella la música, el canto, la alegría, la ilusión y la razón de vivir.

María encabeza la caravana de los grandes buscadores de Dios, de tantos hombres y mujeres que, a lo largo de la historia, han descubierto que sin Dios no se puede vivir ya que solo Él es el verdadero sentido de la vida.

Partimos de la base de que estamos viviendo unos tiempos únicos en toda la historia de la Humanidad con relación a Dios. Siempre, de una forma u otra, se ha mantenido la fe en Dios o, al menos, la inquietud religiosa.

Por no ir más lejos, en el siglo pasado, hubo dos grandes pensadores en la historia de España, que no fueron demasiado ortodoxos que digamos: Miguel de Unamuno y José Ortega y Gasset. Pero eran hombres con vibración religiosa.

Unamuno tiene una oración preciosa al Cristo de Velázquez y escribió el célebre libro de la «agonía del cristianismo» no para decir que el cristianismo estaba agonizando sino para describir, como indica la etimología de la palabra, esa lucha que el hombre, cual otro Jacob, debe mantener cuerpo a cuerpo con Dios en la noche del tiempo hasta que llegue el amanecer. Al final, él mismo se hará el epitafio de su sepultura:

¡Oh, Padre eterno, acógeme en tu seno, misterioso hogar,
pues vengo deshecho del duro bregar!

Y Ortega y Gasset solía decir que, en lo concerniente a Dios, sucede como con la tierra en su posición con el sol: hay épocas de afelio y perihelio, épocas en que está más cerca y otras más lejos. Pero, aun en estos casos de lejanía, cuando esa inmensa montaña de Dios llega casi a desaparecer, súbitamente, con la gracia intacta de una casta virgen, emerge el acantilado de la divinidad. Y se grita: ¡Dios a la vista!

Lamentablemente, en el siglo XXI, esta inquietud religiosa ha desaparecido en Europa y también en España. La situación es muy grave y la describe muy bien el papa Juan Pablo II en un documento que nos entregó a los sacerdotes. Dice así: «Una especie de ateísmo práctico y existencial que coincide con una visión secularizada de la vida...un hombre lleno de sí, que no solo se pone como centro de su interés sino que se atreve a llamarse principio y razón de toda realidad». «Ya no hay necesidad de combatir a Dios; se piensa que basta con prescindir de Él». (P.D.V. n. 7). En esto consiste prácticamente el «agnosticismo» del que fue exponente Enrique Tierno Galván:

«Yo vivo en la finitud y no necesito más»
«Ser agnóstico es no echar de menos a Dios».

Y esta es la lacra de nuestra sociedad que, como una marea negra, se va extendiendo por las Universidades y ha llegado a nuestros jóvenes. No es lo malo que para muchos haya muerto Dios, sino que ha muerto la pregunta sobre Dios. Como diría muy bien Antonio Machado:

Bueno es saber que los vasos nos sirven para beber.
Lo peor es que no sabemos para qué sirve la sed.

Esa sed de trascendencia, de infinito, de felicidad que Dios ha puesto en el corazón humano, ¿dónde está? ¿qué hemos hecho con ella? ¿qué hacer?

El profeta Isaías nos dice: «¡Sedientos todos, id por el agua! ¡Buscad a Yavé!» (Is 55,1.6) Nosotros, en este año de reuniones, de escucha, nos apuntamos a la gran caravana de los buscadores de Dios a lo largo de la historia de la salvación. Nos embarcamos en esta arriesgada, pero fascinante aventura. Buscar a Dios es nuestra tarea, nuestra misión.

Pero ¿cómo hay que buscarle? Dice el salmo 41-42: «Como busca la cierva corrientes de agua así te busca a ti, Dios mío. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo. ¿Cuándo entraré a ver el rostro de Dios?»

Como busca la cierva... Para entender bien esta frase hay que desterrar de raíz la imagen de las representaciones bizantinas de ciervos en escenas apacibles, junto a jardines deliciosos, con ríos de aguas cristalinas... Se trata de una cierva con sus crías, atormentada por la sed y que busca desesperadamente el agua. Para ella beber es vivir y dejar de beber es morir. Las corrientes de agua son los lechos secos de los arroyos donde el animal sediento siempre ha encontrado agua y ahora se han secado. Y es precisamente esa sed ardiente, devoradora, salvaje la que el salmista siente por Dios. Mi alma, «nefes», mi aliento, mi ser profundo es el que tiende al ser viviente. Dios no es una idea, una palabra, sino necesidad vital. Tu padre y yo angustiados te buscábamos. El yo de José estaba fundido en el tú de María formando un nosotros inseparable. Y los dos buscan a Jesús ardientemente.

También san Agustín sintió esa sed de Dios. «Tarde te amé, hermosura tan antigua y siempre nueva, tarde te amé. Tú estabas dentro y

yo fuera. Tú estabas conmigo y yo no estaba ni contigo ni conmigo. Me retenían lejos las cosas y no te veía ni te sentía...Mostraste tu esplendor y pusiste en fuga mi ceguera. Exhalaste tu perfume y respiré de ti. Me tocaste, gusté de ti (y me embriagué con tu presencia) y ahora me abrazo en tu paz» (Confesiones).

Nuestros tiempos son tiempos duros para la fe. Ya no es suficiente ser maestros, debemos ser testigos. Hoy no nos van a pedir que les demos a Dios, sino que se los mostremos a través de nuestra vida. No nos van a exigir las cinco vías de santo Tomás ni «el saber cosas de Dios». Nos va a preguntar «a qué sabe Dios». Qué pasa cuando Dios irrumpe en nuestros corazones, cómo las cosas tienen otro color y otro sabor.

El predicador y el catequista ya no será un narrador que cuenta historias sobre Dios sino un viajero que narra lo que ha visto. Como la primera comunidad cristiana: «Lo que hemos visto, y oído y palpado y experimentado acerca del Verbo de la vida...eso os anunciamos» (1 Jn 1,1-3). Para decirlo con palabras ya famosas del teólogo Karl Rahner. El cristiano del mañana será un místico o no será nada. María es modelo porque no nos da a un Cristo aprendido en las escuelas de teología de Jerusalén sino el Cristo vivo, vivido, asimilado, experimentado por ella. Todo lo que ella toca tiene sabor a Él.

Hace tiempo una religiosa carmelita en Cataluña, llamada Cristina Kaufmann fue entrevistada por la periodista Mercedes Milá en un programa de gran audiencia. Causó honda sensación hasta el punto de tener que repetir por dos veces ese programa. Con un rostro alegre, lleno de satisfacción, hablaba de Dios y de la oración como de la cosa más sencilla. En un momento la locutora le dice: ¿Sería capaz de orar aquí ante las cámaras? Sí. Y lo hizo de una forma tan viva, tan natural, tan profunda que caló en la gente y, al día siguiente, aparecían estos comentarios en la prensa: «Ya es hora de que alguien nos hable de Dios. Los obispos hablan mucho de divorcio, de aborto, de clases de religión etc. Pero no de Dios». Y otro. «Esta mujer hablaba de Dios como si de Él estuviera enamorada». Ya no basta hablar de Dios. Hay que hablar desde Dios, desde un encuentro vivo con Él. Como dice Karl Bart, «De Dios solo podemos decir lo que Él hace en nosotros». Como María: «El Poderoso ha hecho obras grandes en mí». Como la esposa del Cantar de los Cantares: «Con un corazón enamorado». Tendríamos que evocar con frecuencia unos versos del gran buscador de Dios, san Juan de la Cruz:

¿Adónde te escondiste, Amado,
y me dejaste con gemido?
Como ciervo huiste,
habiéndome herido
Salí tras ti clamando
Y ya eras ido...

Pastores los que fuéredes
Allá por las majadas al otero
Si por ventura viéredes
Aquel a quien más quiero
Decidle que adolezco, peno y muero.

**7. «PERSEVERABAN EN LA ORACIÓN EN COMPAÑÍA DE MARÍA,
LA MADRE DE JESÚS EL DÍA DE PENTECOSTÉS» (HCH 1,14).
ORACIÓN EN EL ESPÍRITU**

Intentemos contemplar la oración de María con los primeros apóstoles, esperando la venida del Espíritu Santo. Como un viento recio el Espíritu Santo sopló sobre el corazón de María y lo llenó de vida, de fuerza interior. Como lluvia el Espíritu empapó su corazón y la fecundó. Como fuego dejó en Ella llamas encendidas que la transformaron. Como aceite perfumado derramó todo su amor.

Ella se dejó inundar, poseer, invadir... por el amor de Dios. No puso trabas al Espíritu. María ha enseñado a rezar a la primitiva Iglesia. Ella, llena del Espíritu Santo, nos habla de un Dios que cautiva, que seduce, que enamora. Al mirar a Ella una suave brisa toca el alma, la llena de paz, de suavidad y de armonía. María no está allí ocupando el primer puesto ni dirigiendo nada. Esto lo deja a los apóstoles. María está allí en silencio, aportando su inabarcable plenitud de fe, esperanza y amor.

En este itinerario «sinodal» que hemos iniciado en la Iglesia bajo la iniciativa del papa Francisco, se están creando en las parroquias del mundo entero, miles de grupos. María es nuestro mejor ejemplo. No debe apoderarse de la reunión el que mejor habla, el que más sabe, el que más grita. Una viejecita silenciosa nos puede aportar una inmensa riqueza interior. Dejemos que ella nos hable y la escuchemos con verdadero interés.

San Lucas, al comienzo del evangelio, nos ha presentado la Encarnación del Verbo en las entrañas de la Virgen como obra del Espíritu

Santo: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el Poder del Altísimo te cubrirá con su sombra» (Lc 1,35). María ha crecido a la sombra del Espíritu. El Espíritu Santo está en Ella: la enriquece, la ennoblece, la embellece, la fecunda. María no ha sufrido la tentación de sentirse frustrada. Es la mujer más fecunda, más realizada, la que mejor ha llenado su vida. ¡Qué bien se entienden el Espíritu Santo y María! ¡Qué a gusto trabaja el Espíritu Santo en Ella! Es esa tierra buena donde la semilla produce el ciento por uno.

María es la mujer dócil al Espíritu. Jamás le ha puesto pegas, obstáculos, dificultades. Él la ha llevado hasta donde Él ha querido. En María no ha habido desfase entre el proyecto de Dios y la realización de ese proyecto. Es más, los sueños de Dios sobre Ella se han quedado cortos. Pensemos que el terreno de María nunca ha sido lo estrictamente «mandado o lo prohibido» sino el de la generosidad. Un joven rico se le acercó a Jesús diciendo qué debía hacer para heredar la vida eterna. Jesús le dijo: cumple los mandamientos. Él le replicó: eso ya lo hago ¿qué me falta? Si quieres ser perfecto, es decir, si quieres llegar hasta el final...vende lo que tienes, dalo a los pobres y sígueme. El joven se retiró porque era rico. Pero se fue triste. ¿Por qué? Porque se quedó a la mitad del camino. No tuvo valor para llegar al final.

La mitad es esa zona peligrosa donde nos movemos la mayoría de las personas. Allí nace y crece la mala hierba de la medianía, la mediocridad. Eso nunca puede dar felicidad. La Virgen se mueve en el terreno de la generosidad allí donde ella descubre que lo que va a hacer es voluntad del Padre, agrado del Padre, gusto del Padre, delicia y encanto del Padre. Allí se siente Ella fuertemente arrastrada. Su máximo placer es hacer disfrutar al Padre con todo lo que hace.

Naturalmente el obrar así no es cosecha suya sino obra del Espíritu. Los apóstoles, por consenso universal, han querido que María les acompañara en la primera oración comunitaria de la Iglesia naciente pidiendo la venida del Espíritu Santo. Ellos saben muy bien que de esta manera la presencia del Espíritu les está garantizada ya que María es como un gran imán que atrae hacia sí al Espíritu.

Y el Espíritu llega sobre los apóstoles a manera de «viento huracanado». Ellos no pueden presumir de tener un solar limpio sino una casa en ruinas. Tienen los viejos pecados: son cobardes, quieren los primeros puestos, son violentos, se escandalizan de la Cruz... Hay que derribar la vieja casa de pecado y dejar un solar limpio para la construcción de la nueva casa en el Espíritu, «una comunidad de vida y de amor».

María, como no tiene pecado, recibe el Espíritu como «una suave brisa que refresca y acaricia». Son los dones del Espíritu Santo. Le dan suavidad, facilidad, gusto en el obrar. Todos, ellos y Ella, sentirán al Espíritu como «lenguas de fuego» encima de sus cabezas. No bajan, como Moisés, de la montaña encogidos por el miedo. Salen de allí encendidos, entusiasmados, dispuestos a dar testimonio de Jesús con verdadero ardor. Lo que caracteriza a la oración cristiana comunitaria es la presencia del Espíritu ¿Qué ha aportado el Espíritu Santo a María?

El poder entender las cosas de Dios

Decía Jesús antes de morir: «Tendría que deciros muchas cosas, pero no podríais entenderlas ahora. Cuando venga el Paráclito os iluminará» (Jn 16,12). Los apóstoles no entendieron muchas cosas ni tampoco la Virgen. Es el Espíritu el que las hace entender. Es el don de inteligencia, que significa *intus-legere*, es decir, leer por dentro. Y a eso en el evangelio de Juan se denomina «recuerdo». Jesús había dicho: Destruid este Templo y en tres días lo edificaré. Y creyeron que se trataba del templo de piedra de Jerusalén. Después, con la venida del Espíritu Santo «recordaron» que lo decía del Templo de su Cuerpo. María entendió a su Hijo después de la Pascua. Entendió el proceder de su hijo que la iba despegando del mundo afectivo para trasladarla al mundo de la fe.

El poder llegar a la verdad completa

Decía Jesús: el Espíritu Santo os guiará a la verdad completa. La verdad completa es que Dios es amor. La verdad de Dios es que es Amor y convierte en amor todo lo que toca. La verdad de Dios es que tiene solo una obsesión: que todos seamos felices. El libro que habla de Dios es la Biblia y es un poema de amor. Y que debemos vivir en el amor. Esta es la verdad completa: amor a Dios y a los hermanos. No puede haber oración comunitaria si no estamos unidos: «Vosotros estáis unidos a Cristo como las cuerdas a la lira y juntos os habéis convertido en un coro que agrada al Padre» (san Ignacio de Antioquia). Lo que agrada al Padre no es el canto, el incienso, la música, ni siquiera las personas que estamos rezando juntas. Lo que agrada es el que estemos unidos, que seamos un solo corazón y una sola alma. María vivió como nadie el amor a Dios y a los hombres. Ella sí que llegó a la verdad completa.

El tener la «unción del Espíritu»

Dice san Juan: «No necesitáis que nadie os enseñe: su unción os enseñará» (1 Jn 2,27). Nos enseña derramándose el Espíritu Santo en nosotros como un aceite, de una manera suave y penetrante, como las madres a los hijos. Distinguir entre «saber y saborear». Lo bonito es poder decir que con Dios me lo he pasado bien, ha sido una gozada. «Orar es el modo de enseñorearnos de la verdad sin dudas» (S. Bernardo). María ha gustado a Dios. Las verdades gustadas hacen mella en nosotros.

El poder sondear lo profundo de Dios

«El Espíritu Santo lo sondea todo, hasta lo profundo de Dios» (1 Cor 2,10) Y nadie ha penetrado más profundamente en el Misterio de Dios que María. María es una mujer contemplativa. Isaías nos invita a conocer la novedad de Dios. «Yo te he dado a conocer ahora cosas nuevas, ocultas y desconocidas. Acaban de ser creadas al instante, sin que antes las hubieras oído, para que no pudieras decir que tú ya las sabías» (Is 48,6-7). A María Dios siempre le sabe a nuevo.

San Juan de la Cruz nos habla de: «Las ínsulas extrañas». Islas lejanas, maravillosas, pero desconocidas para la mayoría. Dios solo para él mismo no es nuevo. Solo para él no es extraño» (Cant 14). Para nosotros siempre nuevo, siempre lo estaremos estrenando sin acabar de agotarlo nunca.

Una oración profunda requiere una vida en profundidad. «El pequeño hilillo de agua que corre... podrá mover una pequeña rueda de molino; pero no podrá mover las poderosas turbinas de la central eléctrica si esta agua no se ha acumulado antes silenciosamente a la sombra de una presa» (Lelotte).

María conserva en su corazón de Madre toda el agua fresca y cristalina que mana del Evangelio. Es un evangelio vivo. Ella mantiene viva la llama de Aquel que dijo: «He venido a prender fuego a la tierra, ¡y cuánto deseo que ya esté ardiendo! (Lc 12,49).

La Iglesia sinodal tiene que contar con María para mantener siempre viva la «llama» del amor, de la fraternidad, de la esperanza, del entusiasmo y la ilusión. Con ella se cumplen las palabras de Emilio Mazariegos:

Está la lumbre encendida
y tienen fuego las brasas.
Está que quema el hogar,
está caliente mi casa.

**8. «JUNTO A LA CRUZ DE JESÚS ESTABA SU MADRE» (JN 19,25).
ORACIÓN DE FORTALEZA**

Lamentablemente son muchos los cristianos que han abandonado la fe. Otros que, salpicados por el espíritu de increencia, viven totalmente al margen de Dios. Y no faltan cristianos flojos, acomodados a los criterios y valores de este mundo, con una fe rutinaria y sin ningún tipo de compromiso. María nos anima a crecer, a mantenernos firmes hasta el final, a no tirar la toalla, a no abandonar a Cristo en la Cruz y asumir con entereza las exigencias del evangelio.

El libro de los Proverbios lanza una pregunta: «Una mujer fuerte, ¿quién la hallará?». La pregunta se quedó ahí flotando... hasta que llegó el Nuevo Testamento y dio la respuesta: Esa mujer fuerte es María, la madre de Jesús. María, en la presentación de su hijo en el templo escuchó de Simeón unas palabras proféticas: «Una espada atravesará tu alma».

Cuando duele el cuerpo, el dolor está localizado. Me duele la cabeza, me duelen las cervicales, solemos decir. Cuando te duele el alma te duele todo. María vivió toda la vida con el alma atravesada por una espada. Vivió un auténtico «Vía Crucis» con sus estaciones.

Primera estación: La del desarraigo

A los pocos días del nacimiento del niño, «el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: «Levántate, toma al Niño y a su madre, y huye a Egipto y quédate allí hasta que yo te avise; porque Herodes va a buscar al niño para matarlo».

Qué duro, o como se dice ahora, qué fuerte el que quieran matar al Niño apenas ha pisado este mundo. Si este Niño solo viene a salvar... a hacer el bien...

María y José, sin protestar, sin pedir explicaciones abandonan su país, su pueblo, su casa, su familia... y marchan a Egipto, un país tan distinto y tan desconocido. Y allí, sin conocer a nadie, tener que buscar un trabajo, una vivienda. Ellos eran pobres y es posible que los primeros días estuvieran sin trabajo, viviendo de limosnas, pasando por la humillación de tener que pedir...

Pero esta es la situación que, a lo largo de tantos siglos, han vivido y están viviendo miles de personas que tienen que abandonarlo todo por buscar trabajo y un medio de vida.

Cualquier emigrante puede acudir a María. Ella sabe por propia experiencia lo duro que es vivir en un país extranjero... Lo ha vivido. Ella está preparada para socorrer este tipo de situaciones, no desde fuera, dando una limosna, sino desde dentro, metiéndose en el pellejo de la gente.

Segunda estación: La del despojo

María y José han ido al Templo a cumplir con una vieja ley judía que mandaba ofrecer a Dios a los primogénitos. Como estaba prohibido sacrificar víctimas humanas, se rescataba al primogénito sacrificando un animal puro (un cordero para los ricos y un par de tórtolas para los pobres). Una vez rescatado el niño, los padres ya tenían derecho a ese niño. Pero María sabe que ese Niño no se puede rescatar con nada. Ese Niño es de Dios y la madre no puede tener ningún derecho ni ninguna pretensión sobre él. Y, de hecho, así fue. Jesús procedió con su madre con entera libertad. Él amaba a su madre con toda su alma, pero en las cosas de su Padre Dios le pudo decir lo mismo que le dijo a la Magdalena: «Noli me tangere». No te metas en mis cosas.

Y esta ley del despojo hoy día la sufren los padres de un modo especial. Siempre ha ocurrido que los hijos, al llegar a la adolescencia, estén más a gusto con sus propios compañeros que con los padres.

Y también siempre ha ocurrido que, cuando son jóvenes, busquen un compañero o compañera, se enamoren y se vayan de casa. Es lo normal. Lo que es nuevo es que los padres tengan que aguantar el influjo terrible de la sociedad. Vosotros ya no podéis poner hora a vuestros hijos para llegar a casa. Papá, si a las cuatro de la mañana es cuando comienza la fiesta... Si lo hacen todos... ¿Me vais a marginar?... Es la sociedad la que se impone, la que manda, la que os saca a los hijos de casa...

Tercera estación: La sospecha

María estaba encinta por obra del Espíritu Santo, pero José no sabe nada y percibe que María da señales claras de su embarazo. María se calla. ¿Qué le va a decir? ¿Qué ha venido un ángel del cielo y ha quedado embarazada? Podía decir José: esta muchacha está delirando. Hay cosas que no se pueden explicar humanamente. Hay que esperar que sea el cielo el que hable. Y el cielo habló. Y vino el ángel y le explicó todo a José. Mientras tanto, María ha vivido bajo el signo de la sospecha por parte de José, la persona que más quiere. Pero José y María no estaban

casados, solo estaban desposados y ante la gente, aquel niño es tenido en unas relaciones pre-matrimoniales no bien vistas por el pueblo. Y María, la más limpia de todas las mujeres, tiene que soportar las miradas malintencionadas, los comentarios, las risitas...Y parecía tan buenecita...Y sus padres ¿qué educación le han dado?

María tenía que escuchar la súplica de tantas personas que, siendo totalmente inocentes, son víctimas de calumnias, y deben aguantar el peso de la sospecha. No se pueden defender.

Cuarta estación: La sombra del misterio

María vivió y creció a la sombra del misterio. Y el misterio es lo desconocido, lo que el hombre no abarca, no puede controlar...

María no entendió a Dios. Y, sin embargo, dice el texto: Les estaba sujeto. ¿Estaba controlado? No. Estaba sujeto, amarrado a su cariño. No perdió nunca ese cordón umbilical que le unía afectivamente con el hijo.

Hoy día vivimos en una ruptura generacional. Y constantemente vienen los conflictos entre padres e hijos. Los padres no estaban preparados para esto. No entiendo a mis hijos. Por más que intentamos dialogar, no llegamos a ningún acuerdo.

María comprende la incompreensión de los hijos. Los padres pueden acudir a Ella, que ha vivido situaciones parecidas. Y os puede dar consejos: no perdáis nunca la comunicación con el hijo, no lo perdáis afectivamente, que no tenga la sensación de que, por no entenderles, los queréis menos. ¡Tenéis que ser fuertes!

Quinta estación: La soledad

María se queda viuda muy pronto. Mientras vive su Hijo no hay problema especial. Pero su Hijo deja la casa para ir a cumplir su misión, para ir a predicar... ¿Quién alimenta a su madre? Su hijo vive de limosnas. Lo más normal es que la Virgen se pusiera a trabajar en oficios ordinarios, servir, hilar, hacer limpiezas...Y, cuando llegaba la noche, se sentía sola. Como tantas viudas que viven solas. Al final le matan al hijo de sus entrañas. Ella asiste al crimen más injusto de la humanidad. No protesta contra Dios. No se rebela. No pierde la fe. Recoge en su regazo de Madre a Aquel Hijo y lo ofrece al Padre en la primera Misa de la Humanidad. ¡Qué grande es la fortaleza de María!

Sexta estación: El presentimiento

Tal vez la más cruel. María sabía que su hijo no iba a terminar bien. Una espada, más afilada que la de Damocles, estaba siempre encima de su cabeza. Cuando le llegaban noticias de que su Hijo había discutido con los fariseos, escribas, etc. Se ponía a temblar. A veces oía que lo querían despeñar.

Las madres sufren no solo por lo que sucede a sus hijos sino por lo que presienten, por lo que se imaginan. María tenía razones para imaginarse lo peor. «Una espada atravesará tu alma».

Hubo en la tradición un himno a la Virgen, muy famoso llamado en griego *akatistos*, que significa «No sentado». Se cantaba en honor de la Virgen, normalmente en vigiliass nocturnas. No se cansaban de cantar y a veces duraba horas. Lo característico de este himno es que se cantaba de pie, como cuando se lee el evangelio.

María sí que era la verdadera *akatistos*, la no-sentada, la mujer que está en pie en la Cruz. La mujer fuerte, la que no se cansa, ni se desmaya. Ella viene con nosotros en nuestro caminar...

Hoy más que nunca la Iglesia, en estado sinodal, necesita de personas que no se cansan, que no se sientan, que permanecen de pie como María acompañando a Jesús en la Cruz. No hay vida sin derramamiento de sangre. María vivía en su alma lo que Jesús padecía en su cuerpo. Y, con el alma ensangrentada, daba a luz a la Iglesia. Hoy la Iglesia necesita personas que, siguiendo la ley del grano de trigo, quieran morir para dar fruto. Terminamos con unos versos, en clima de oración, y que reza la Iglesia en el día de la Virgen de los Dolores:

¡Oh dulce fuente de amor!
hazme sentir el dolor
para que llore contigo.
Y que, por mi Cristo amado,
mi corazón abrasado,
más viva en él que conmigo.

**9. «MARÍA CONSERVABA TODAS ESTAS COSAS MEDITÁNDOLAS
EN SU CORAZÓN» (Lc 2,19).
ORACIÓN EN SILENCIO**

Viajar hasta la actual Ain-Karem, situada hacia el sur, en la montaña de Judea, durante varios días de viaje, debió ser para Nuestra Señora

ra un viaje hermosísimo, meditando en su corazón todo lo que el Arcángel Gabriel le había anunciado.

Es obvio que el silencio de los evangelistas sobre la madre de Jesús no es un silencio casual o lamentable, sino una afirmación importante: lo que hay que decir sobre el papel salvífico de María durante la revelación de su Hijo como Mesías se dice mejor con el silencio.

Ella era un alma interior, amiga del silencio y de la soledad del corazón. Su silencio no era un fin sino un medio. No es silencio vacío y estéril. No vivía desparramada sobre las cosas. Ni estaba su vida llena de ruidos, de prisas, de superficialidades. Era un Templo vivo de Dios. Brotaba en ella la oración como el agua de un manantial: libremente, espontáneamente, cadenciosamente.

Lo que era el silencio de María lo expresó muy bien san Juan de la Cruz en aquellos versos sublimes: «Música callada, soledad sonora, cena que recrea y enamora».

María guardaba todo esto en su corazón. Son palabras que se repiten en dos textos de Lucas (Lc 2,19 y 2,51).

El contexto de 2,19 hace alusión al nacimiento de Jesús en una cueva de animales. ¿Qué guardaba María en su corazón? El Misterio de un Dios que, siendo Todopoderoso, nace con la limitación y fragilidad de un niño que necesita de su madre: su leche, sus abrazos, su ternura, su cobijo, su calor, sus cuidados. ¿Cómo va a olvidar María este Misterio?

En Lc 2,51 hace alusión al episodio del Niño que se pierde en el Templo mientras sus padres le buscan con el corazón desolado. Aquellas palabras de Jesús: ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre? ni María ni José las entienden. Pero María no trata de entenderlas. Prefiere guardarlas y rumiarlas en su corazón. Hay algo más importante que el entender; es fiarse plenamente de Dios y esperar que Él se manifieste.

San Teófilo de Antioquía, obispo del siglo II, expresó lo siguiente de la Virgen María: «La Virgen, ya fuera que lo entendiera o no, igualmente guardó todas las cosas en su corazón para reflexionarlas y meditarlas minuciosamente... Ella ponderaba tanto las palabras de Dios como sus obras, para que nada de lo que él dijera o hiciera se escapara de su interior... Esta fue su regla constante, una ley para toda su vida».

Conviene juntar dos textos: Jn 21,25 y Lc 2,19. En Jn 21,25 se nos dice: «Muchas otras cosas hizo Jesús. Si se escribieran una por una,

pienso que ni el mundo entero podría contener los libros que habría que escribir». El evangelista es consciente de tantas cosas, de tantas palabras y tantos acontecimientos de Jesús que no se han puesto por escrito.

Pero no hay que preocuparse: Nada se ha perdido. Para nuestra satisfacción, todo ha quedado guardado, conservado, en el corazón de María. Ese es nuestro mejor relicario, nuestro tesoro espiritual.

«Cuando como madre muda de la Palabra callada, se unía, sin comprenderlos a los misterios de Dios hecho hombre, y los conservaba y repasaba en su corazón, María prefiguraba esa larga serie de recuerdo y de intenso rumiar que son el alma de la Tradición de la Iglesia» (Henri de Lubac, *Meditaciones sobre la Iglesia*).

María se convierte en el mejor Monasterio de vida monástica. El Concilio Vaticano II, al hablar de la importancia del Oficio Divino, dice unas palabras realmente maravillosas: «El Sumo Sacerdote de la nueva y eterna Alianza, Cristo Jesús, al tomar la naturaleza humana, introdujo en este exilio terrestre aquel himno que se canta perpetuamente en las moradas celestiales. El mismo une a sí la comunidad entera de los hombres y la asocia al canto de este divino himno de alabanza».

Es realmente impresionante que, gracias a Jesús, nosotros podamos continuar en este exilio el himno de alabanza que, desde toda la eternidad, se canta en el cielo. Pero ¿dónde se comenzó a cantar por primera vez? Naturalmente que en el seno de la Virgen. Ella fue el primer coro. Ella fue la mejor lira, la cítara mejor afinada, el mejor salterio, la música más sublime y perfecta. El Magnificat es el estallido de gozo de un corazón feliz de poder cantar las alabanzas de Dios.

María guardaba en su corazón todo lo poseído por el Espíritu. Ella lleva dentro todo el evangelio asimilado, meditado, hecho vida. Por eso, cuando no nos sale nada en la oración, cuando la Biblia se nos cae de las manos y parece que estamos perdiendo el tiempo, hay que acudir a María. Ella no solo guarda las palabras de Dios sino «la palabra de Dios». Esa Palabra que ha sido pronunciada por el Padre en un silencio de siglos. Esa misma Palabra que se ha hecho carne en María en su corazón silencioso.

Por eso la Virgen siempre invita a la soledad, al recogimiento, a la plegaria. La Virgen es siempre «un lugar de oración», «un rincón de intimidad», un «silencio que habla». Y podemos acabar con esta preciosa oración de Ignacio Larrañaga:

ORACIÓN EN SILENCIO

Madre del Silencio y de la Humildad,
tú vives perdida y encontrada
en el mar sin fondo del Misterio del Señor.
Eres disponibilidad y receptividad.
Eres fecundidad y plenitud.
Eres atención y solicitud por los hermanos....
Harnos comprender
que el silencio no es desinterés por los hermanos
sino fuente de energía e irradiación;
no es repliegue sino despliegue;
y que, para derramar riquezas,
es necesario acumularlas.
El mundo se ahoga en el mar de la dispersión,
y no es posible amar a los hermanos
con un corazón disperso.
Harnos comprender que el apostolado,
sin silencio, es alienación;
y que el silencio, sin apostolado, es comodidad.

✠ Eusebio Hernández Sola, OAR
Obispo de Tarazona
Tarazona, 8 de diciembre de 2021,
Solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Virgen María